



Autorretrato de Vanessa Seward pintado al óleo.

El discreto encanto de una *gentle woman*

La diseñadora Vanessa Seward en París.



Ya está bien de *superwomen*. La diseñadora VANESSA SEWARD -curtida en las filas de Karl Lagerfeld o Tom Ford, y una de las elegidas por Kate Middleton-, reivindica a la *gentlewoman* para liberar a la mujer del estrés de la perfección. Ella misma cuenta cómo.

—Vis Molina.

Se confiesa extremadamente tímida, pero su carácter cosmopolita -es hija de un embajador y de una fascinante mujer de la sociedad argentina- traspasa el teléfono. Vanessa Seward nació en Buenos Aires, se educó en Londres y vive en París. Por eso alterna su elegante francés con un ligerísimo acento argentino, un español salpicado de *voseo* y alguna que otra frase en impecable inglés. Su *background* está a la altura: formada en el Studio Berçot de París, la escuela de diseño donde estudiaron Lolita Lempicka y Roland Mouret, se curtió en la *maison* Chanel. Allí trabajó nueve años con Karl Lagerfeld: “Aprendí muchísimo de él, era exigente, pero cariñoso y atento. En los desfiles llamaba a todas las modelos por su nombre, y jamás se olvidaba de felicitar a alguien que hubiera hecho un buen trabajo”. En la casa Saint Laurent fue la mano derecha de Tom Ford, y de ahí pasó a directora artística de Loris Azzaro y a crear colecciones cápsula para la firma de *prêt-à-porter* A.P.C. En 2014 decidió que ya era hora de embarcarse en una nueva aventura y lanzó su propia marca, Vanessa Seward, que destila feminidad, sensualidad, sofisticación y todo ello aderezado con un toque de lujo sutil y cotidiano.



Arriba izda., el embajador Antonio Seward, padre de Vanessa, en Berkeley en 1967. A la dcha., picnic familiar en Londres (1973). En primer término, Francine y Caroline, las dos hermanas de Vanessa; detrás, Vanessa y su madre, Helenita Seward.



Arriba, Vanessa de adolescente, en los años de estudiante en el conocido Institut de l'Assomption de Paris, también llamado Lübeck. A la dcha., su madre, Helenita, una brillante dama de la alta sociedad argentina, sentada en un sillón de mimbre como los que se pusieron de moda tras el estreno de la película *Emmanuelle*.





Ariba, retrato de Sylvia Kristel pintado por Vanessa Seward (óleo sobre tela), Abajo, otra obra suya: retrato del príncipe Carlos de Inglaterra, al que considera un héroe *contra-cool* (óleo sobre papel).



Ahora publica su primer libro, *Guide de la Gentlewoman* (JC Lattès), un manual de estilo en el que disecciona su particular código estético y su manera de estar en el mundo. No sólo para ser elegante sino para parecerlo.

¿No es un poco "machista" calificar de *gentlewoman* a una mujer que reúne los mismos atributos positivos que se le reconocen a un *gentleman*?

En realidad el término *gentlewoman* se acuñó antes que el de *gentleman*, puesto que aparece documentado ya en 1230 y, por ejemplo, en la novela *Emma* de Jane Austen (1815) se usa para designar a una mujer de buena familia que es educada y elegante. Yo lo acuño fundamentalmente en contraposición a la *Superwoman*, un tipo de mujer que no me interesa nada, porque no me hace soñar ni me resulta inspiradora ni atractiva. La *Superwoman* es competitiva, agresiva, frenética y vive angustiada buscando la perfección, mientras que la *Gentlewoman* es considerada con los demás y empática, acepta sus defectos y convive pacíficamente con ellos, con encanto y deportividad. Propongo liberar a la mujer del estrés de la perfección y convertir sus defectos físicos en algo atractivo y singular. Y usar ese término no me parece machista sino más bien lo contrario: no me parece bien que todo lo positivo de un *gentleman* (elegancia, educación, refinamiento, etc...) sea exclusivo del género masculino.

¿Quién sería entonces una *gentlewoman*, según su definición?

Grace Kelly, sin duda. En mi opinión para ella la elegancia no era brillar, ni impresionar ni destacar, sino simplemente quedar en la memoria de los otros por una actitud armoniosa y discreta, en consonancia con el físico. Y después señalaría, por su imagen y estilo, a Lauren Hutton en *American Gigolo*. Su vestuario en esa película,

creado por Basile, es un conjunto de prendas básicas en tonos suaves que ella luce con una actitud muy natural y llena de sensualidad.

Reivindicar los defectos es algo nuevo y liberador para las mujeres...

Las redes sociales son muy nocivas en ese sentido, porque nos dan innumerables facilidades para disimular las imperfecciones y defectos. Hay filtros para tener el cutis aterciopelado, para tener los ojos más grandes, más brillantes o los dientes más blancos... En nuestra sociedad envejecer está mal visto, sobre todo en la mujer y los mensajes que recibimos continuamente son que tenemos que ser bellas, delgadas, deportistas, practicar yoga, alimentarnos con cosas rarísimas para conservar nuestra juventud... Y me parece una solemne tontería, porque el paso del tiempo es inevitable y sus huellas ahí están. El verdadero reto es aceptarlo con sentido del humor y dignidad. Eso exige más trabajo intelectual, porque hay que ser ingenioso, fresco, divertido y hábil para saber darle la vuelta a las cosas y conseguir que nuestro físico, con todos sus defectos, resulte realmente atractivo. Ahí radica el *charme* de quien lo tiene.

¿Qué diferencias destaca entre la mujer latina y la anglosajona, desde el punto de vista de usuarias de la moda?

La mujer latina (sudamericana, española, francesa o italiana) tiene muy interiorizados los códigos de seducción clásicos y es muy consciente de su papel femenino y del rol masculino. Eso creo que le coarta, le impide ser espontánea y atrevida y le hace ser más autoexigente con su físico y seguir menos las tendencias para apostar por lo clásico. Por el contrario, la mujer anglosajona ha tenido una educación más igualitaria respecto a los hombres y eso creo de algún modo que la hace más atrevida, más excéntrica y con una actitud más segura hacia la moda.

¿Con qué criterio se crea un buen fondo de armario?

Me parece indispensable tener una buena colección, hecha a conciencia, para comprar menos y guardar más: ser responsables con la sostenibilidad y eso invita a no ser consumista. La idea es: Compró poco, pero compró bien. Eso no implica comprar sólo prendas clásicas, yo me permito tener prendas excéntricas pero sé que es una excentricidad que puede quedarse en mi armario mucho tiempo, no es una excentricidad fugaz.

La ropa que elegimos refleja nuestra forma de ser, es nuestra segunda piel. Y nuestra personalidad no cambia rabiosamente cada estación, así es que la ropa tampoco. En mi colección hay prendas muy sofisticadas y glamurosas, que uso poco (como mis maravillosos vestidos de noche de Loris Azzaro) y piezas que uso en mi día a día. Por ejemplo, la primera prenda buena que me compré en mi vida, recién cumplidos los 20 años, era una levita en cuero de color caramelo que me compré a plazos en la tienda de segunda mano que abrió la mítica ex modelo Anouschka en su propio apartamento, cercano a La Madeleine. Es un lugar de culto para la gente de la moda. Esa levita aún sigue conmigo.

¿Cuál es su uniforme diario?

Suelo ir vestida en un solo color y un accesorio potente, porque creo que eso me estiliza. Me gusta mucho el *look* de vestido que marca la silueta, y también el pantalón de corte masculino o *jeans* con una camisa de seda muy femenina, botín con tacón mediano, cinturón bonito y americana de *tweed*. Casi nunca visto de negro, y suelo elegir los tonos que le van bien a mi piel y cabello, como los verdes y rojos.

¿Y su accesorio favorito?

Los zapatos, porque ellos solos son capaces de darle el *twist* diferencial a cualquier *look*. Por eso detesto las deportivas, que ahora están tan de moda. Las rechazo frontalmente porque son uniformes.

Afirma que llevar el pelo arreglado es imprescindible para conseguir un buen *look*.

¡Completamente! Llevar siempre el pelo cuidado y bien peinado es un arma infalible para estar impecable, incluso en aquellos días en que te levantas con mala cara y no vas especialmente bien vestida. Aprendí eso de mi madre. El *tout Paris* frecuentaba desde los años 40 el salón de Alexandre, al que se conocía como “el príncipe del peinado”. Ese peluquero se hizo célebre a raíz del espléndido recogido que le hizo a la Begum Aga Khan el día de su boda con el sultán Aga Khan III, en 1945. Siempre te encontrabas con famosos en su conocido salón del Faubourg Saint Honoré, cuyo logo había sido creado por Jean Cocteau, gran amigo suyo. Ahora soy cliente de Leonor Greyl, una peluquera española que me arregla muy bien.

¿Qué mujeres le inspiran?

Lauren Hutton, Ali MacGraw, Blondie, Bianca Jagger, Diane Keaton y Greta Garbo.

Usted vivió el llamado “efecto Kate Middleton”, ¿cómo fue la experiencia?

Todo fue producto del azar. Fui muy afortunada porque nunca hubiera soñado con una campaña de comunicación como esa. Era diciembre de 2016 y faltaba un mes para que abriera mi tienda en Londres. Kate Middleton apareció en un evento prenavideño con mi vestido *Cay*, en seda con estampado de florecitas en rojo y verde, que utilizó solo en esa ocasión. El impacto fue increíble, se agotó en pocas horas y también muchos otros vestidos de mi marca de ese estilo.

Se define como *contra-cool*, y admira a personas a las que engloba dentro de ese saco y entre las que cita al príncipe Carlos de Inglaterra o a Julio Iglesias. ¿Qué hay que hacer para ser *contra-cool*?

Lo menos *cool* del mundo es querer ser *cool*, así es que simplemente hay que despreocuparse por ser *cool*, intentar ser uno mismo y dejar que el tiempo imponga su propia ley. Como dice Dave, el cantante de *Depeche Mode*, “primero se es cursi, después uno se vuelve *kitsch*, y al final te conviertes en alguien más o menos culto”.

Es asesora personal de imagen de

mujeres famosas y con poder. ¿Qué les preocupa en cuanto a su apariencia?

Todas quieren estar guapas pero no ser estridentes. Y a todas les digo lo mismo: hay que conseguir que los demás las vean a ellas, y no se fijen en las prendas que llevan. La mujer siempre tiene que estar por encima de lo que lleva puesto.

Cuenta que su madre tenía un libro de invitados en el que firmaban todos los que acudían a sus magníficas reuniones sociales. ¿Ha heredado sus dotes de anfitriona?

En absoluto, soy un auténtico desastre para los temas domésticos. Nos hemos cambiado de casa recientemente y he encontrado la fórmula perfecta para invitar a mis amigos sin estresarme: los convoco a un té el domingo por la tarde. Sirvo un picoteo divertido y así no paso nervios. Y mi marido está encantado porque él disfruta mucho con los amigos.

Afirma que es importante tener un Pigmalión. ¿Quién ha sido el suyo?

Sin duda, mi marido (el músico Bertrand Burgalat). Él me ayudó a aceptarme tal y como soy, con mi timidez y mis inseguridades.

Nuestra charla llega a su fin. Al colgar, Vanessa irá a recoger al colegio a Jacqueline, su hija de diez años. Luego toca arreglarse para ir a cenar con sus amigas de toda la vida, entre ellas Mathilde Favier y Victoire de Castellane. La cita es en uno de los restaurantes favoritos de Vanessa, *La Méditerranée*, en la Place de l’Odéon, en el que suele pedir la excelente Bullabesa. **T**

La Guide de la Gentlewoman (JC Lattés)

es un manual de estilo y de vida para quienes buscan el encanto por encima de la perfección.

“Que envejecer esté mal visto es una solemne tontería. El verdadero reto es aceptar el paso del tiempo con humor y dignidad. Eso exige más trabajo intelectual: ser ingenioso, fresco y divertido para conseguir ser atractivos. Ahí radica el charme”